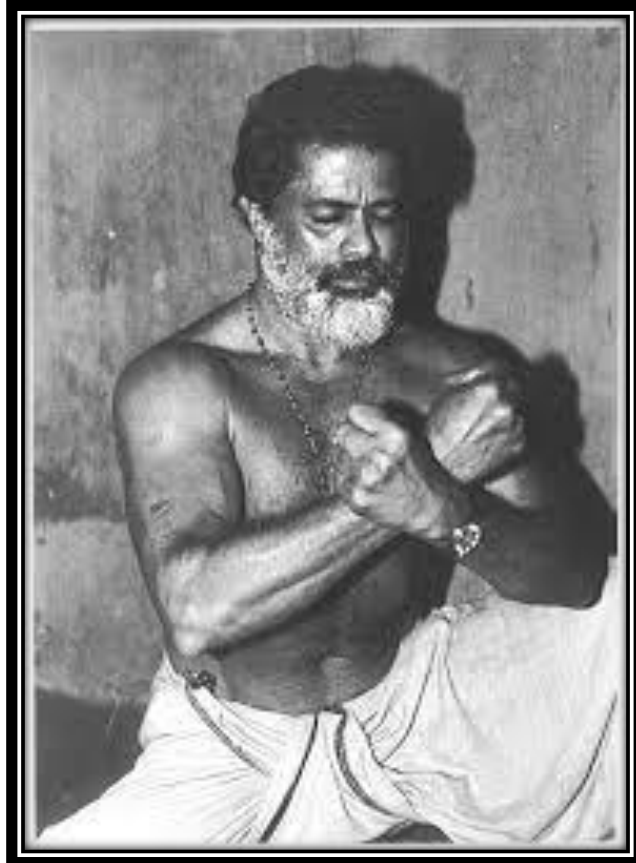


Siddhis:

Más allá de los poderes psíquicos.



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2019

Introducción

Algunos de los sistemas filosóficos originados en la India, como el Yoga o la meditación, se han extendido por todo el mundo y forman parte de la cotidianidad de millones de personas que han sabido encontrar en su estudio y práctica motivos para el ocio, la salud o el crecimiento espiritual.

Como contrapartida a la situación que viven estas disciplinas las Artes Marciales indias continúan siendo desconocidas entre el gran público, aunque su historia está muy vinculada a las disciplinas mencionadas y su filosofía mantiene gran consonancia con ellas por haber bebido de las mismas fuentes.

Como sucede cuando se estudian los orígenes de otras formas de arte surgidas en el Subcontinente, el investigador deberá dirigirse muy atrás en el tiempo hasta encontrar las primeras civilizaciones que allí se asentaron, formando el primer sustrato de cultura y ciudadanía sobre las fértiles tierras del Indo, donde se establecerían, hace cinco mil años, los primeros centros urbanos en ciudades como Harappa o Mohenjo Daro.

Más tarde, las invasiones arias eclipsarían aquella productiva y evolucionada cultura para rehacer la historia. Los conquistadores traerían consigo nuevas formas de estar en el mundo que, con el transcurrir de los siglos, harían surgir religiones, lenguas y creencias organizando la sociedad en estamentos y castas y obligando a desplazarse a grandes grupos humanos autóctonos –drávidas- hacia el centro y sur de la India.

Referencia Védica

La literatura del período Védico contiene algunos de los trabajos escritos más antiguos de la humanidad: Vedas, Puranas, Mahabharata, Ramayana. La lectura detallada de estas joyas de la tradición india produce mucha satisfacción a los estudiosos pues en sus cantos y versos es posible encontrar vestigios de disciplinas que hoy se han consolidado como parte indisoluble de la gran cultura del país.

En efecto, hace más de tres mil años ya se escribía acerca de medicina, técnicas de sanación, dieta y herboterapia; se organizaba la guerra a través de la ciencia militar; se observaban los acontecimientos del cielo nocturno explicándose en un lenguaje mágico-astrológico; se hablaba de la relación del hombre con el mundo sutil, origen y naturaleza de la creación, organización del panteón divino, sistemas de creencias, etcétera.

Uno de los aspectos más controvertidos que acompañan a las Artes Marciales de la India –también de China y Japón- son los *siddhis* o poderes mentales resultantes de rituales mágicos y de una disciplina exhaustiva.

En capítulos anteriores hemos podido leer acerca de la relación que mantienen las diferentes formas de lucha tradicional con el mundo espiritual y religioso. Vamos a

tratar de introducir un nuevo elemento que imbrica al mundo psíquico de los practicantes, intentando dilucidar cuánto de cierto existe en esta creencia y cuáles pueden ser sus orígenes atendiendo a la historia y a la tradición cultural.

Ya en el Rig Veda -el más antiguo de los cuatro Vedas datado en el 1300 a.C.- se hace mención a los poderes físicos y psíquicos de sabios, reyes y magos quienes se desplazaban de un lugar a otro salvando enormes distancias, llevando a cabo semejantes proezas no solo viajando por tierra, también volando. Así, en la epopeya del Mahabarata, se cuenta cómo el sabio Narada visitaba a diario el monte Meru -considerado eje del mundo- y cómo *arahs* -sabios- y *dakinis* -hechiceras- hacían idéntica demostración de fuerza y capacidad psíquica.

Mircea Eliade, en su libro *El Chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis* escribe al respecto:

“La ascensión y el vuelo mágico ocupan un lugar de primer orden en las creencias populares y las técnicas místicas de la India. En efecto, elevarse por el aire, volar como un pájaro, franquear inmensas distancias en lo que dura un relámpago, desaparecer, etcétera, son algunos de los poderes mágicos que el Budismo y el Hinduismo confieren a reyes y magos”.

La disciplina y el esfuerzo ascético permitían despertar en el practicante una suerte de “fuerza mágica” con la que éste obtendría facultades supra humanas, como la clarividencia o la clariaudiencia.

La adquisición de estos “poderes psíquicos” aparece asociada a prácticas rigurosas: ascetismo, frugalidad, alejamiento del mundo, disciplina extrema, meditación prolongada, ayuno intenso, etcétera.

Siguiendo al gran historiador, leemos:

“El calor interior, o calor místico, crea innumerables milagros de los ascetas y yogis: espejismos, vuelo mágico, abolición de las leyes físicas, desaparición, etcétera”.

Para Mircea Eliade existen afinidades entre las ideas expuestas en los Vedas, el chamanismo siberiano y las prácticas del *Bonpo* tibetano.

La viajera y escritora francesa Alexandra David-Neel dedica todo un capítulo de su libro *Magos y místicos del Tíbet* a los poderes psíquicos de los lamas. En su estudio, la conocida exploradora analiza, no sin cierta ironía, algunos de estos *siddhis* que ciertos monjes decían poseer, describiendo los ejercicios que se llevaban a cabo para adquirir semejantes habilidades psico-físicas: capacidad de cruzar largas distancias corriendo a gran velocidad, facultad de generar “calor interior” a pesar de las bajas temperaturas, mensajes mentales resultado de la telepatía, etcétera.

Patanjali

Aquellas primeras menciones acerca de los *siddhis* documentadas en los Vedas tendrían continuidad en la figura de Patanjali, para algunos el fundador del Yoga, para otros un filósofo cachemir del siglo III a. C., muy influyente en el pensamiento hindú, para muchos, un mito más de la historia.

El sabio Patanjali es reconocido como el creador de los *Yoga Sutras*, un total de ciento noventa y seis aforismos en los que reunió todos los elementos necesarios que, a su juicio, resultaban claves para que un estudiante alcanzara la liberación espiritual.

El maestro diseña en su obra un código de conducta basado en una moral justa, analiza la práctica de la meditación, expone los obstáculos para conseguir los objetivos deseados así como las maneras de superarlos, nombra los “poderes” que un *yogi* puede alcanzar manteniendo una disciplina, aboga por el desapego, se ocupa del cuerpo tanto como de la mente y defiende la fidelidad a la vida ascética desechando las impurezas.

Algunos de los *siddhis* que describe el sabio Patanjali son éstos: invisibilidad; conocimiento de pasado, presente y futuro; percepción de nacimiento y muerte; conocimiento de los hechos a distancia; manipulación de la materia; liberación del hambre y de la sed; capacidad para ver y contactar con seres superiores; capacidad para transmitir energía espiritual a otros a través de la mirada o de la simple presencia; levitación, etcétera.

Patanjali explica que los *siddhis* son resultado de una práctica integral y que ésta ha de combinar: concentración –*dharana*–, meditación –*dhyana*– y paz espiritual –*samadhi*. La integración de estas tres variables –*samyana*– dará como resultado final un estado de conciencia superior en el que los *siddhis* serán una posibilidad.

Experiencia

Durante mis viajes por India y Nepal tuve oportunidad de experimentar esas presumibles facultades psíquicas extraordinarias que dicen poseer algunos magos, *sadhus* y *yogis*. Entre todas ellas destacaría las siguientes: visualización –capacidad de leer el pasado, el presente y el futuro; materialización –facultad de convertir en materia cualquier elemento; *dharsan* –presencia física de un “*ser superior*” o “*divinidad encarnada*”.

En una visita al monasterio budista de Bylakuppe, en el suroeste del Estado de Karnataka, tuve ocasión de consultar a una hechicera tibetana. Aquella anciana había nacido en Tíbet y durante su largo periplo hacia el exilio había recalado en Nepal para, posteriormente, erradicarse en Dharamsala: una ciudad situada en el Estado de Himachal Pradesh que es la actual sede del Gobierno Tibetano en el exilio. Desde aquella ciudad se desplazaría al monasterio de Bylakuppe, donde ejercía el chamanismo, la magia y la hechicería entre monjes y devotos.

Para poner en práctica su visualización, la anciana utilizaba un enorme plato de cobre que colocaba en posición vertical y apoyaba en una peana de madera. Sobre el plato derramaba un fino polvo blanquecino cuyos dibujos interpretaba según hablara del pasado, del presente inmediato o del futuro.

Para desarrollar su argumentación la *chamana* ideaba una fábula, que articulaba a medida que observaba caer el polvo sobre la plataforma. No faltaron en su relato los típicos arquetipos del saber popular: el caballo del viento, la piedra filosofal, la necesidad de la realizar pujas, etcétera.

En otra ocasión, esta vez en el Estado de Tamil Nadu, visité a un maestro que por aquel entonces emergía con fuerza en el contexto de los jóvenes buscadores espirituales, *yogis* y practicantes de meditación y otras disciplinas místicas. Aquel gurú, nacido en Sri Lanka, había instalado su comunidad –*ashram*– cerca de la ciudad de Tiruchirappally y, aunque era un hombre joven, ya decía poseer algunos de los poderes psíquicos más impresionantes, entre ellos la facultad de materializar objetos extraídos de la nada.

Residí en aquel *ashram* durante una semana, y fui testigo de varias materializaciones realizadas por el gurú. Evitando detenerme en comentarios acerca de la puesta en escena –un despropósito de estética– el maestro tuvo a bien materializarme un *japamala* –collar de ciento ocho cuentas de madera de sándalo– y un pequeño *ganesha* –divinidad con forma de elefante.

A pesar de considerarlo un acto insólito y no encontrarle mucho sentido –salvo la intención que pudiera tener el maestro de despertar mi admiración por su poder– la escena resultaba pintoresca pues en cada entrevista el gurú aparecía de súbito, destapando una cortina que cubría el interior de una hornacina situada en el *mandir* –lugar de culto situado dentro del templo– donde, cauto, esperaba mi llegada. Después de realizar la materialización volvía a cerrar las cortinas de su estancia y todo regresaba a la normalidad.

He podido ver cómo la sola presencia de un gurú era suficiente para movilizar a cientos o miles de personas, o provocar de inmediato un silencio sepulcral en una multitud enfervorecida; cómo una sola mirada despertaba una alegría más que desbordante entre los devotos; cómo un simple toque de la mano del maestro provocaba estados de trance entre los alumnos; cómo otros adeptos allí presentes perdían literalmente la conciencia.

Dicen que ser testigo de la presencia viva de un maestro es un acto de máxima consideración para los discípulos de un hombre que ha alcanzado la beatitud.

En algunos casos, el *darshan* consiste en un paseo entre la muchedumbre expectante. Otras veces, esta exposición se lleva a cabo en el más absoluto de los silencios. De una u otra forma, esta sería la manifestación de un *siddhi*: la capacidad de influir en los demás con la sola presencia.

En mi opinión, en muchos casos existe un profundo descontrol emocional en el interior de quienes experimentan semejantes estados de conciencia ante la

presencia de un maestro, por muy elevado nivel espiritual que a éste se le presuponga, o pueda tener.

Situación en las Artes Marciales Indias

Más allá de la veracidad de semejantes actos, por encima de mi incredulidad, me interesaba entender cómo toda esta suerte de creencias había arraigado tan hondamente en el inconsciente colectivo de los hombres y mujeres de la India y cómo gran parte de la población aceptaba que tales “poderes” eran verosímiles sin que tal hecho suscitara, al menos, una duda razonada y razonable.

Sí. La impronta que sobre la sociedad india han tenido las ideas mencionadas ha sido más que notable. Semejantes creencias se han visto reflejadas en multitud de manifestaciones del acervo cultural del pueblo: religión, arte, literatura, filosofía, pensamiento popular, etcétera. También, desde luego, han encontrado un nicho en las escuelas de Artes Marciales, donde se habla de: *sakti* –energía primordial; *pranayama* –respiración; *kundalini* –energía intangible; mantra –sonido, sílaba o palabra con poder espiritual; *chakras*: centros de energía situados en el cuerpo; *mudra* –gestos manuales que canalizan la energía; cantos devocionales; visualización –capacidad de ver el pasado, presente o futuro; etcétera.

En la India, desde su más remota antigüedad –*drávidas, nanboodiris*-, se ha concebido la lucha no como un simple combate en el que se ponen de manifiesto una serie de técnicas y resulta victorioso aquél que mejor las conoce y aplica, sino como un auténtico enfrentamiento entre rivales que, utilizando los poderes otorgados por los dioses obtenidos a través de rituales mágicos y un entrenamiento intenso, ponen a prueba su potencial de energía.

En este contexto al gurú se le venera por ser considerado el representante de una genealogía de maestros que transmitieron el arte cientos o miles de años atrás. El respeto hacia su persona es semejante al que los estudiantes pueden llegar a sentir por sus propios dioses.

En Kerala, por ejemplo, se considera que el número de divinidades protectoras del arte del *Kalarippayattu* es muy variable y depende de la familia que represente el *gurukkal*. Sea Durga, Bhagavati o Paradevathai la divinidad protectora, se entenderá que el maestro está bajo su custodia y por ello su poder –*sakti*- y consideración social se verán respaldados.

Dice la tradición que para alcanzar el verdadero dominio de la energía primordial el estudiante debe seguir tres pautas: corregir detalladamente la forma física; aprender convenientemente a respirar; enfocar con acierto la mente. La tradición sostiene que la práctica de un Arte Marcial puede retrasar los efectos de la vejez, entiende que la infancia es el mejor momento de la vida para aprender la paciencia y la concentración; la juventud, el tiempo propicio para acometer el control del cuerpo y de las emociones; la edad adulta se corresponde con esa etapa en la que se ha adquirido armonía y bondad; y en la vejez el practicante vive en el culmen de

la quietud interior y de la paz espiritual. En el transcurso de ese trazado vital -en el que practicará la meditación, ejercitará *mantras* y *mudras*, cantará con devoción y realizará rituales de purificación- el estudiante llegará a ese estado de conciencia en el que obtendrá el control de los "*poderes superiores*", o *siddhis*.

Conclusión

En todas las escuelas de Artes Marciales orientales existen controvertidas leyendas acerca de las facultades psico-físicas que los adeptos desarrollan manteniendo una disciplina y practicando sinceramente.

Algunos ejemplos bien conocidos son estos: las experiencias de Morihei Ueshiba, en el *Aikidô*; Chang Sang Feng, en el *Taichi*; los hechos de los ninjas del medievo japonés en los que se habla de telepatía, clarividencia, levitación, etcétera.

Estos episodios están asociados a determinadas actitudes y comportamientos, que incluyen: retiro espiritual, frugalidad, ascetismo, desapego, moral sólida, ética del trabajo, bondad y entrega sin reservas.

La tradición cultural ha influido notablemente en las creencias populares, hasta tal punto que se acepta con verosimilitud la posibilidad real de un despertar de la conciencia manteniendo dos estrategias: disciplina espiritual y rituales mágico-religiosos, o pujas.

Una situación análoga sucede en el contexto de las Artes Marciales Indias donde se asume que el gurú, como depositario de una tradición milenaria, sabrá utilizar su arte como vehículo capaz de conducir a sus estudiantes a un estado de conciencia superior donde reside la facultad de despertar los *siddhis*.

Reflexión personal: Más allá de los poderes psíquicos

Existe una fuerza motriz, casi imparable, capaz de despertar nuestra conciencia y transformar nuestra realidad y la de nuestro entorno. Esa energía es el Amor.

En Anantapur tuve el privilegio de hablar con el padre Ferrer. Durante décadas, Vicente Ferrer había dedicado sus esfuerzos a erradicar la pobreza en una de las áreas más inhóspitas y duras de la geografía de la India. Millones de personas habían salido adelante gracias a sus iniciativas cargadas de innovación, valentía y confianza.

El equipo de trabajo que dirigía el padre Ferrer estaba compuesto por los miembros de su propia familia -su mujer y su hijo menor- pero el grueso de los colaboradores eran hombres y mujeres nacidos en aquella tierra áspera y cruel:

arquitectos, ingenieros, médicos, enfermeros, maestras, abogados o economistas formados en universidades que la Fundación Vicente Ferrer erigiera para combatir la pobreza imperante.

Vicente Ferrer entendía que la acción humanitaria era antes que la meditación, el ritual, la introspección o el desarrollo de las facultades psíquicas.

Él no llamaba Amor a todo aquello que diseñaba, imaginaba o creaba pero para mí la energía que diseminaba allá donde ponía su intención, no tenía otro nombre que ése.

En Calcutta pude ser testigo de otra gran obra de Amor: los centros de la Madre Teresa de Calcutta. En efecto: colegios, orfanatos, guarderías, centros de acogida de moribundos diseminados por toda la ciudad donde cientos de personas trabajan a diario para paliar los efectos de la pobreza custodiados por el espíritu de las Hermanas.

Todos –hermanas y voluntarios- hacen de su trabajo un verdadero acto de Amor: la más extraordinaria de las energías psíquicas que pueda necesitar un ser desvalido e indefenso.

Soy un humilde hombre de *Budô*. He estudiado Artes Marciales durante cuarenta y tres años. Enseño Karate tradicional, *Aikidô* y *Katori Shintô ryû* desde hace treinta y cinco años. Creo no equivocarme mi juicio cuando digo que la más noble de las energías que un estudiante de Artes Marciales ha de perseguir, entender y desarrollar para ayudar a transformar el mundo en el que vivimos, es el Amor.

Kenshinkan dôjô 2018